



El dos de mayo de 1808 en Madrid o La carga de los mamelucos, de 1814. Imagen: Museo del Prado / DP.

En 1808 **Goya** tenía ya sesenta y dos años y estaba asentado como pintor de la corte, así que los enormes cambios que sacudieron España y toda Europa contaron con un testigo excepcional, tanto por la posición desde la que observaba como por la lucidez y desencanto con que lo hacía. Un viejo mundo se desmoronaba ante la irrupción de un nuevo orden, pero como de costumbre en la historia, con una atroz violencia como partera. Ante el sufrimiento que presenció su postura fue más moral que política, quiso dejar constancia de él para la posteridad por medio del arte, aunque en su relación personal con el poder oscilo entre la prudencia y la resistencia de una manera que merece la pena conocer con más detalle.

A lo largo del siglo XVIII las ideas de los ilustrados franceses fueron calando poco a poco fuera de sus fronteras a pesar del celo censor de las autoridades. O quizá en parte también debido a ello, dado el aura de peligrosidad y fascinación que proporcionaban a aquello que prohibían, ya fueran libros, panfletos e incluso abanicos con ilustraciones de la toma de la Bastilla. De manera que fue formándose a lo largo de Europa, también en España, una reducida élite ilustrada que pasaría a adquirir un mayor protagonismo con la llegada del gran exportador de las ideas revolucionarias: **Napoleón**. Gracias al novedoso reclutamiento en masa y a [su pericia militar](#) pudo erradicar en buena parte del continente el sistema feudal que aún seguía vigente. Como diría él mismo más adelante durante su reclusión en la isla de Santa Helena su gran legado para la posteridad no serían sus victorias militares, sino su código civil. Y no andaba muy desencaminado. La abolición en todos aquellos territorios que conquistó de los diezmos, los gremios, la servidumbre y la inquisición, todo ello sustituido por un sistema basado en la igualdad ante la ley y la libertad de trabajo y de conciencia tuvieron, además del bien que por sí mismas representan, una consecuencia añadida: los economistas **Daron Acemoglu** y **James A. Robinson** han señalado la relación directa entre la mayor o menor influencia del Código Napoleónico en un país y su papel posterior en la Revolución Industrial. Pero el precio a pagar fue terrible y la destrucción y muerte que provocaron a su paso las tropas francesas quedaría grabada en las retinas de muchos contemporáneos. Entre ellos, cómo no, el propio Goya.

De acuerdo al Tratado de Fontainebleau firmado en 1807 el ejército imperial de Napoleón debía entrar en España solo como lugar de paso hacia Portugal, pero sus intenciones de quedarse no tardaron en hacerse evidentes. Los desencuentros con la población fueron crecientes hasta desembocar en el enfrentamiento que tuvo lugar en las calles de Madrid el 2 de mayo entre la Guardia Imperial y los habitantes de la ciudad. Entre ellos estaba nuestro pintor, que inmortalizaría la situación en su célebre *La carga de los mamelucos*. Un cuadro de una extraordinaria vivacidad y tensión del que se ha discutido mucho si fue una escena vista por el propio autor. La masacre de la Puerta del Sol (aunque otros ubican junto al Palacio Real) que



representa tuvo lugar a las once de la mañana, un momento en el que según algunos autores pudo haberla presenciado desde la casa de su hijo, que desde su ventana proporcionaba una vista, algo limitada eso sí, al lugar representado.

Pero según el hispanista **Gérard Dufour** hay un dato en el cuadro que demostraría que no vio directamente lo ocurrido y que se basó en los testimonios que le narraron algunos de los presentes. Se trata del casco que lleva uno de los soldados franceses presentes acompañando a los mamelucos egipcios, ya que esa unidad pertenecía a los cazadores a caballo, que no lo llevaban. No deja de ser una prueba algo limitada, pues aun teniendo en cuenta la excepcional capacidad de observación de Goya, una situación tan tensa, confusa y donde probablemente ocurrió todo tan rápido difícilmente podría ser luego recordada en todos sus detalles. Sea como fuere, el cuadro actualmente puede verse en el Museo del Prado y aunque ya ha sido restaurado, mostró hasta el año 2008 los daños sufridos setenta años antes (los fragmentos sin pintura, de tono rojizo, junto al borde izquierdo) durante su traslado en plena Guerra Civil a Valencia, para evitar posibles daños por los bombardeos que la aviación nazi realizaba en la capital española. Así que es una obra cargada de historia.

A ese día de disturbios que agitaron las calles madrileñas le siguió una larga noche con los fusilamientos a cargo de las tropas invasoras de los acusados de provocarlos. Esta escena protagoniza el otro gran cuadro de Goya en torno a la Guerra de la Independencia, seguramente el más conocido, en torno al que parece haber más pruebas de que tampoco fue testigo directo. Dado que el monte de Príncipe Pío fue uno de los lugares con mayor número de ejecuciones generalmente se considera que es allí donde se sitúa la obra, aunque hay diferentes explicaciones al respecto. En cualquier caso lo importante, lo revolucionario de este cuadro, es la manera en que retrata los hechos. Hasta entonces lo habitual era mostrar hazañas bélicas en tono solemne, protagonizadas por soldados o personalidades ilustres. Pero Goya no veía el mundo de esa manera tan envarada, tradicional y, por qué no decirlo, distorsionada. Aquí los protagonistas son ciudadanos anónimos, mostrados en el momento de morir con todo su patetismo. El pintor claramente toma partido por ellos, enfrentados a un pelotón de fusilamiento al que vemos de espaldas, perfectamente alineado e impersonal. El contraste con la expresividad de sus víctimas no puede ser mayor, algunos mirando al suelo desolados, y otros como ese hombre que se echa las manos a la cara, apretando los dedos en un gesto realmente desgarrador. Se trata de una obra pintada en 1814 pero resultó ser tan adelantada a su tiempo que no fue apreciada entonces y permaneció en el Museo del Prado sin exhibirse hasta 1872. Fue entonces cuando las nuevas modas artísticas fueron capaces de reconocer la modernidad que había en ella y adquirió el prestigio internacional del que ha gozado hasta hoy.



El tres de mayo de 1808 en Madrid o Los fusilamientos del 3 de mayo, de 1814. Imagen: Museo del Prado / DP.



Pero hubo otro cuadro, menos conocido que los anteriores, que representa quizá mejor que ningún otro los vaivenes de la ocupación y la postura que adoptó el pintor durante todo ese periodo. Se trata, como veremos, de la *Alegoría de la villa de Madrid*.

Tras el inicio de las revueltas del 2 de mayo que marcaron el inicio de la Guerra de Independencia, fue el mismo Napoleón el que se puso al frente de sus tropas para recuperar la capital, cosa que logró en diciembre de ese mismo año. Apenas recuperó el control estableció una serie de reformas que, intuimos, harían tambalear la posición del pintor. Años antes en sus *Caprichos* había realizado una brillante sátira de la Inquisición, el fanatismo religioso y la brutalidad imperantes en su tiempo, de manera que cuando se anunció la abolición del Santo Oficio sentiría seguramente cierto regocijo interior... aunque no expresó públicamente ningún tipo de adhesión al nuevo régimen más allá del obligado. En total dos millones de españoles se vieron obligados a hacer, según las palabras del emperador, «delante del Santísimo Sacramento un juramento que salga no solamente de la boca, sino del corazón, y que sea sin restricción jurídica». Pero además del juramento que debían hacer todos los denominados «jefes de familia», los empleados públicos también debían expresar su fidelidad a **José I** y él, como pintor de la corte y miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, estaba obligado a ello, aunque se negó a hacerlo. Precisamente en esas fechas Goya comenzó a pintar el retrato de uno de los guerrilleros más afamados, [Juan Martín Díaz, el Empecinado](#), una obra que actualmente se encuentra en el Museo Nacional de Bellas Artes Occidentales de Tokio.



Alegoría de la villa de Madrid, de 1810. Imagen: Museo Municipal de Madrid / DP.

No obstante en aquellos años también hizo retratos de afrancesados —un colectivo difícil de delimitar con precisión, pues si bien se estima que en 1813 huyeron a Francia unos quince mil, en la práctica serían bastantes más— entre los que se encontraban algunas de sus más estrechas amistades, como el escritor **Moratín**. Además Goya fue condecorado, como tantos, con la afrancesada cruz de la Orden Real de España, más conocida popularmente como «Berenjena», aunque nunca la exhibió públicamente. Pero hubo otro episodio bastante curioso que pudo hacerlo tanto sospechoso de colaboracionismo —o «infidencia», como lo llamaban entonces— como justamente de lo contrario. Fue nombrado para hacer una selección de las mejores pinturas españolas, que serían enviadas a París como regalo a Napoleón, y aunque aceptó el encargo hay quien considera que escogió deliberadamente mal las obras, ya que de las cincuenta señaladas por él finalmente solo seis fueron aceptadas por su supervisor.

Pese a todo esto, el caso más llamativo fue lo sucedido con la *Alegoría de la villa de Madrid*, tal como decíamos anteriormente. Fue pintado en 1809 para ser expuesto en el Ayuntamiento, y en el



óvalo de la derecha donde ahora podemos ver la inscripción «Dos de Mayo», aparecía el retrato de José I. Cuando la capital fue recuperada por las tropas españolas se mandó repintarlo con las palabra «Constitución» sobre su rostro. Pero a finales de 1812 las tropas francesas de nuevo llegarían a Madrid y tendría que recuperar el retrato del rey, una modificación por la que sí pidió cobrar, a diferencia de la anterior. Cuando José I tuvo que huir de nuevo se repintó otra vez el cuadro, pero el regreso de **Fernando VII** y su rechazo a la Constitución llevó a que se pusiera el retrato del nuevo rey eliminando, una vez más, la dichosa palabra. Que volvería a aparecer unos años después y finalmente, ya en 1873, se sustituiría por la inscripción «Dos de Mayo» que vemos en la actualidad. Así que esa costumbre tan española de cada nuevo cargo de deshacer todo lo hecho por el anterior parece que viene de lejos...

Por último, su otra gran obra en relación a la Guerra de Independencia fue sin duda la serie de grabados *Los desastres de la guerra*. Tanto por su origen aragonés como por la invitación de **Palafox** para contemplar las ruinas le impactó profundamente la masacre que supuso el asedio a Zaragoza, que provocó la muerte de más de la mitad de sus habitantes. Pero no se limitó a denunciar los abusos de las tropas francesas, esto es lo interesante, pues en ellos también retrató las tropelías cometidas por los guerrilleros. De esa manera dio a los grabados un significado humanista mucho más profundo y trascendente en lugar de convertirlos en vulgar propaganda patriótica.

Y ya que mencionábamos la Constitución de Cádiz de 1812 no podemos dejar de señalar que Goya fue un decidido partidario suyo. Envío sus *Caprichos* allí un año antes para que se pusieran en venta y lograron alcanzar un notable eco, dejando así clara su postura respecto a la Inquisición. Visto desde la perspectiva que da el tiempo puede reprocharse a los afrancesados que con su actitud hicieran que se vinculase el deseo modernizador al sometimiento al conquistador, aunque por otra parte los constitucionalistas cometieron también un desastroso error al confiar ingenuamente en ese Borbón tan cerril y corto de miras. Así supo comprenderlo finalmente nuestro protagonista cuando acabó exiliándose a Francia en sus últimos años de vida.



Grande hazaña, con muertos, de 1810-1814. El sarcasmo del título nos muestra cuál era la postura de Goya. Imagen: Museo del Prado / DP.